

BIBLIOGRAFIA

CARLOS CARDONA, *Ética del quehacer educativo*, Ed. Rialp (Colección Monografías y Tratados GER, Serie Educación y Familia), Madrid, 1990, 180 pp.

Parece evidente que las ciencias de la educación han adquirido gran desarrollo y son cada vez más estudiadas; y últimamente ha aumentado la preocupación por el sentido ético de todas las actividades humanas, y entre ellas especialmente las pedagógicas. Las teorías y métodos educativos se han multiplicado. Ante la proliferación y diversidad de teorías pedagógicas, a veces contrapuestas, resulta muy interesante un análisis comparativo de su variada evolución y su desigual valor, como el que ha publicado la prof. Palmira Lagüéns, voz *Pedagogía*, en el tomo Suplemento o tomo 25 de la *Gran Enciclopedia Rialp* (2 ed. Madrid 1989, col. 1407-1512). Pero ya en ese excelente trabajo se ve enseguida que, a pesar de la abundancia de estudios y preocupaciones pedagógicas, falta todavía el desarrollo a fondo de algo fundamental: la ética de la educación, o —dicho con otras palabras— lo que en el Boletín de la Asociación Norteamericana de Investigación Pedagógica se ha llamado “la recuperación del discurso moral” en la práctica educativa y en la investigación pedagógica. En esta línea, la última obra de Carlos Cardona que presentamos, es un hito muy importante.

Cardona es ya conocido como un notable representante de la filosofía contemporánea, en la que es difícil encontrar autores de su envergadura, por su profundidad teórica y por el realismo vital de las cuestiones que afronta. En él se unen la búsqueda intensa de las raíces del saber y una rica experiencia de humanidad. Nacido en Tiana (Barcelona), pasó su juventud en Andalucía; hizo el Bachillerato en el Instituto de Jaén; después estudio Filosofía en Barcelona y Roma, con doble doctorado. Ha residido en Italia más de veinte años, desde donde ha trabajado y viajado por varios países europeos, para volver a su Cataluña natal, residiendo en Barcelona desde 1974. Entre sus libros internacionalmente conocidos están: *Metafísica del bien común*, Madrid 1966; *Metafísica de la opción intelectual*, 2ª ed. Madrid 1973; *René Descartes: Discurso del método*, 2ª ed. Madrid 1987; *Metafísica del bien y del mal*, Pamplona 1987 (los dos últimos ya traducidos al italiano, en 1975 y 1991; y en preparación la traducción de algunos al francés). La última obra de este filósofo universal es precisamente “*Ética del quehacer educativo*” (publicada por Ed. Rialp, Madrid 1990). En esta obra, en el relativamente breve espacio de 180 páginas, se unen la importancia de los temas educativos y pedagógicos con la trascendencia de la ética que analiza su finalidad última.

Con una intrepidez que asombró o desconcertó a muchos, en su relevante *Metafísica de la opción intelectual* abordó la caracterización ética del quehacer filosófico, es decir, la íntima relación —e incluso dependencia— entre la rectitud ética y el realismo del conocimiento, especialmente del filosófico. De la validez de esa caracterización ha dado la prueba en su *Metafísica del bien y del mal*, quizá una de las más importantes obras filosóficas de este siglo. En ella, el filósofo catalán sienta las bases para nuevos —y hasta sorprendentes— desarrollos de la ética, en la que el polvo del tiempo y del manoseo profesoral había borrado los caminos abiertos por la filosofía clásica y por su enriquecimiento cristiano.

No por azar, sino por la dinámica misma de su investigación sobre el ser y el conocer de la persona humana, en su *"Ética del quehacer educativo"*, estudia el carácter y fundamento ético de toda actividad educativa, como el esencial ayudar a ser persona, que nos compete a todos —como personas— y en especial a los padres, maestros y profesores: en suma, a cualquier educador. La profundidad habitual de Cardona —en provocar contraste con la superficialidad frívola de la "cultura establecida"— se une aquí a una sencillez expositiva, sin grandes tecnicismos de iniciados, y a un enfrentamiento directo con problemas vivos y cotidianos (los "diálogos", que siguen a cada capítulo, son reales y obtenidos de la situación contemporánea, en toda su rica variedad). Esa unión, tan infrecuente, junto a su profundo y vivido sentido ético, hacen de este libro algo difícil de encontrar después del clásico *De magistro* de San Agustín.

El libro responde, pues, a temas muy vivos, de una manera actual, asequible y profunda. En su exposición forman un riguroso entramado: Cómo buscar la necesaria integración de los conocimientos, en función de la persona que ha de ser educada. La misión y la interacción de la familia y del colegio en la educación. La libertad como sentido y meta del quehacer educativo; la educación en la libertad y para la libertad; el respeto del pluralismo, sin caer en escepticismos o relativismos. El ejercicio de la libertad, y el amor como acto propio de esa libertad. Las profundas diferencias entre simple información y verdadera educación; la educación hasta sus niveles más profundos, en búsqueda de una auténtica personalidad, y de una cultura armónica que llegue a las últimas y verdaderas causas (la "sabiduría" de los clásicos).

El riguroso y ameno estudio de Carlos Cardona se completa con tres análisis muy interesantes sobre la función y educación de la mujer, sobre el influjo y valoración del ambiente social, y sobre la singularidad personal (contrapuesta a la masificación despersonalizante).

El filósofo catalán desarrolla, pues, en este su último libro —de manera sugestiva y profunda— temas claves de la existencia humana. Cada capítulo va seguido de unos diálogos con preguntas y respuestas, que hacen más amena y viva la lectura.

Como dijo el prof. Pau López Castellote, en la presentación de esta *"Ética del quehacer educativo"* en Barcelona, en la enseñanza se viene notando un desinterés por el "ser" y por su estudio (la metafísica), y una dedicación casi exclusiva al "hacer"; sometimiento del "ser" al "hacer", que produce un menosprecio por la ética y una creciente mediocridad; el libro de Cardona llama la atención en este "desierto metafísico", en el que no importa lo que la persona es, sino sólo para qué servirá. Y añadía López Castellote, "plantearse, pues, la ética a partir de la metafísica y aplicarla a la educación —a la ayuda a la maduración de la persona—, teniendo en cuenta el pragmatismo en que vivimos, es algo que cualquiera simplemente preocupado por el futuro de nuestra sociedad tiene que agradecer".

En ese mismo acto de presentación, Eudaldo Forment, catedrático de metafísica barcelonés, indicaba que "la rigurosa y esclarecedora obra filosófica de Cardona adquiere hoy una singular y relevante importancia... A la encubierta desesperación posmoderna del 'nada es verdad', 'nada está bien' y 'todo

vale', Cardona ofrece lúcidamente la alternativa de la recuperación de la ética, pero radicándola en el ser, para proporcionarle unos sólidos fundamentos. Su filosofía es una respuesta, clara y racional, a los interrogantes éticos actuales". Y lo es —añadía Forment— de una manera abierta, que invita a seguir pensando. Es todo "un signo de esperanza", podría decirse que una confirmación de las posibilidades y de la vitalidad y fecundidad del espíritu humano.

Bastan estas opiniones de personas con experiencia y conocimiento de las cuestiones tratadas en el libro para entender que estamos ante una obra muy destacable. El libro interesará especialmente a profesores de todas clases, y de todos los niveles de enseñanza; pedagogos; profesores o maestros; padres de familia; sacerdotes; periodistas; políticos; abogados; filósofos; humanistas; educadores; etc. El libro va dirigido a todos los relacionados con el mundo de la educación; pero como "en cierto modo todo el mundo educa a todo el mundo" y como el libro contiene importantes aclaraciones sobre la cultura contemporánea, se trata de un pequeño gran libro que interesa a todos.

Entre las muchas cosas que podrían destacarse, y que es de suponer pueden romper la monotonía y la rutina de ciertos "educadores", hay que mencionar la claridad con la que Cardona hace ver que la educación no es simple enseñanza o transmisión de conocimientos, sino que ha de favorecer el nacimiento de actitudes profundas en la persona, de algo que —de algún modo— ya está en el educando. No se trata de enseñar sólo ni promover un mero aprendizaje o adiestramiento para actuar, sino que se debe buscar que la persona llegue a valerse por sí misma, forjarse una personalidad en libertad y responsabilidad. Se trata de formar no sólo buenos ingenieros, economistas, biólogos o abogados, sino de formar *hombres* que sepan ingeniería, economía, biología o derecho. En relación con este punto, y con otros muchos, la explicación de la necesaria relación que debe haber entre padres y profesores, entre familia y centro de enseñanza, no dejará de sorprender y estimular al lector.

Además del interés del libro en sí mismo, por ser un tema capital de la educación hasta ahora poco tratado, es también grande su interés por el momento en que se publica. "*Ética del quehacer educativo*" aborda con claridad las acuciantes necesidades de la educación actual, en la que no bastan buenas técnicas y métodos pedagógicos, sino además otras muchas cosas como una buena comprensión de lo que es la cultura y la persona humana, de su responsabilidad y de la que asumen todos los que intervienen en procesos educativos, etc. Un libro que, en su compendiosa brevedad, es útil y sugestivo para todos.

JORGE IPAS

RAFAEL TOMAS CALDERA, *La primera captación intelectual*. Serie "Estudios". Colección IDEA, Caracas 1988, 104 pp.

El libro de Rafael Tomás Caldera, profesor de la Universidad Simón Bolívar, se inspira en la corriente neotomista que en el siglo xx acaudillaron Maritain, Gilson y Fabro. El autor parte de dos afirmaciones metafísicas oportunamente desenvueltas en las obras de estos tres filósofos: por un lado, la primacía noética del concepto de *ens*, la primera noción intelectual y, a